



LA CONCENTRACIÓN

ÓRGANO DE COALICIÓN REPUBLICANA

NUMERO EXTRAORDINARIO CORRESPONDIENTE AL 11 DE FEBRERO DE 1891.

EL 11 DE FEBRERO DE 1873

Abierta la sesión del Congreso el día 10 de Febrero de 1873, y como quiera que ya se había hecho del dominio público la noticia, de que el rey, D. Amadeo I había resuelto abdicar, el ilustre tribuno de la minoría republicana, D. Estanislado Figueras, fué el primero que por el memorable acontecimiento expresado hizo uso de la palabra y dijo:

«Yo pregunto al señor presidente del Congreso, si está resuelto á dirigir al Gobierno la correspondiente intimación para que venga aquí á responder en el seno de la representación nacional; y si no viene, sepa que nosotros, que somos los representantes de la primera soberanía nacional, que está sobre todas las soberanías, podemos deliberar y resolver solos.»

En presencia de tan valiente como enérgica intimación, el presidente del Congreso, que lo era D. Nicolás María Rivero, llamó al Gobierno, haciéndole comprender lo imprescindible que era su presencia en la Cámara; y ya el Gobierno, que presidía D. Manuel Ruiz Zorrilla, en el Congreso, volvió el Sr. Figueras á repetir su pregunta sobre lo que preocupaba todos los ánimos.

El Sr. Ruiz Zorrilla, expuso lo manifestado por don Amadeo sobre su irrevocable resolución de renunciar á la corona de España, no obstante de haberse reservado el Monarca un breve plazo de tiempo para dilucidar sobre si debía ó no volver sobre su acuerdo en vista de las observaciones hechas por el Gobierno.

En tan crítica situación; pidió el Sr. Figueras que el Congreso se declarara en sesión permanente, como en los días de peligro para la patria; y para apoyar su petición he aquí algunas de las palabras vivas y elocuentes que pronunció:

«¡La patria está agonizante y aun queréis conceder cuarenta y ocho horas, cuando en pocos minutos se decide la suerte de los Imperios! ¿Es cosa baladí lo que tenéis que resolver, señores diputados? ¿Es cosa baladí y fútil á la patria, á la cual debemos nuestra existencia? ¿Estamos en un lecho de rosas para continuar aquí sentados hasta que le plazca al señor presidente del Consejo de Ministros ó al que le ha hecho decir:—pues retiro esta irrevocable resolución; habré conflagrado el país, lo habré perturbado; por el telégrafo habrán sabido esta noticia todos los habitantes de España, lo sabrá Europa entera; pero yo, en uso de mi derecho, retiro esa irrevocable resolución, que para esto soy rey impecable é infalible?»

«¿Sabéis, señores diputados, lo que puede ocurrir en el espacio de veinticuatro horas? Está muy acostumbrado el monarca á dar y á usar de este plazo. En veinticuatro horas mandó que se formara el partido conservador, y se formó. ¿Quién sabe si en veinticuatro horas tendremos aquí un ejército que cubra de luto y de sangre las calles de la capital de la monarquía? ¿No seríamos nosotros menguados, antipatriotas, imbéciles, si después de habérsenos significado oficialmente por el señor presidente del Consejo de Ministros, hablando á las Cortes, que el rey había tomado una resolución irrevocable, la resolución irrevocable, de irse, dejáramos que el partido conservador, que quiere ponerse á su lado, no para sostenerle, sino para traer un monarca que le ofrezca bastantes garantías, dejáramos que este partido conservador fuera bastante fuerte para acabar

con la libertad de nuestra patria? ¡Oh señores, si esto sucediera, prefería que este fuese el último día de mi agitada vida. Treinta años peleando por la idea republicana, y no encuentro otra solución digna y honrada; otra solución que puedan aceptar todos sin humillar á nadie; otra solución donde puedan venir todos con sus banderas, donde puedan venir todos á defender sus intereses, donde quepan diferentes intereses sociales. Y esta solución única, salvadora de la patria, ¿podréis rechazarla vosotros por el menguado interés, de una menguada dinastía?... debo recordar las palabras del señor ministro de Estado (Martos) cuando militaba en la oposición: «Si el rey se fuese ó pereciese, diríamos: ¡Viva la nación!» El rey se va, ¿qué hemos de decir nosotros sino ¡Viva la nación?»

«Su renuncia imprime un carácter como el voto que se pronuncia. Desde el momento que ha salido de sus labios la palabra *renuncia*; desde el momento que el presidente del Consejo de Ministros la ha pronunciado oficialmente aquí; desde el momento en que la ha comunicado á las provincias; desde el momento en que ha permitido que hasta la telegrafía privada diese esta noticia como le ha parecido conveniente, desde ese momento la renuncia ya no puede retirarse, porque sería una verdadera usurpación, que solo podía fundarse en la violencia y cimentarse en sangre, incendios y cadáveres.

... el Sr. Ruiz Zorrilla nos dice que necesita un plazo. Las Cortes harán sobre esto lo que tengan por conveniente. En cuanto á mi y á mis amigos, no podemos ni queremos, por el interés supremo de la patria, conceder plazo alguno: mas si por desgracia se concediese, quede al menos el ojo vigilante de la representación nacional, que tiene como uno de sus primeros, de sus grandes deberes, el de velar por la libertad. Quede en sesión permanente el Congreso de los diputados, y entonces podemos desafiar á todos los reaccionarios á que vengan á arrojarnos de aquí con las bayonetas de los tiranos.»

Después de una serie de rectificaciones y de réplicas que se cruzaron entre el señor presidente del Consejo y el señor Figueras, hizo uso de la palabra el señor Martos, ministro á la sazón de Gracia y Justicia de aquel Gobierno, cuyo importante discurso omitimos trasladarlo á nuestras columnas en obsequio á la falta de espacio, pero quedada su posición ministerial hubo de oponerse á lo propuesto por el Sr. Figueras; el cual con semejante motivo con la inspiración de ingenio que le caracterizaba tuvo que hacer nuevamente uso de la palabra, cuyo exordio de su discurso, digno de recordarse, por el gran ingenio que revelaba en su autor, copiamos á continuación:

«Si alguna vez—dice—señores diputados, podría yo maldecir el Verbo divino, esa divinidad que muda al pensamiento es la que hace al hombre el hecho perfecto de la creación, yo maldeciría en este momento la palabra del señor Martos, destinada á propinar, aunque este no sea su intento, una alta dosis de beleño á esta mayoría, para que no se duerma en este momento, y despierte viendo perdida la libertad.»

Habló después el señor Castelar, y ya que no nos sea doble trasladar al papel íntegro su grandilocuente discurso, copiamos los siguientes párrafos:

«Yo digo, señores diputados, yo digo que los periódicos lo han dicho, que el telégrafo lo ha referido, que el Ministerio lo ha contado pública y solemnemente. Podéis doleros, yo doy á la lealtad todos sus derechos; podéis quejaros, yo doy al desengaño desahogo para toda suerte de quejas;

yo creo que es justo, que es legítimo vuestro dolor; pero monárquicos, debéis decirlo como los ángeles de la leyenda alemana: «No tenéis rey», estáis huérfanos. La verdad es que un poder de esa grandeza, que un poder de esa fuerza, que un poder de esa inmanencia social, no puede anunciar que se suspende, que se retira, que nos deja, que renuncia á sus derechos, sin que inmediatamente engendre en el ánimo de todas las parcialidades, en el seno de todos los ciudadanos, en la conciencia pública, hasta en las piedras de las calles públicas, un movimiento que es superior á la voluntad de los hombres.»

A todo esto replicó el Sr. Ruiz Zorrilla, manifestando que era despresivo para el Gobierno buscar apoyo en la Cámara para mantener el orden público; que se bastaba por sí mismo, y que lo que se pide es que el Congreso constituido en sesión permanente, conteste al rey, si vuelve sobre su acuerdo, que no lo consiente, y si insiste admitirle la renuncia.

Y para dar una prueba del temple de alma de tan ilustre patricio, he aquí un párrafo del exordio de su discurso.

«He perdido á mis padres siendo muy joven; he perdido cuatro hijos y no me queda ninguno; si en esta noche me dijeran que había de recobrar mis hijos perdidos, en la edad que pudieran tener ahora, y que iban á volver á vivir mis padres, en esta noche, no haría nada que no fuera cumplir con mi deber y satisfacer mi conciencia.»

Puesta á votación la proposición del señor Figueras, fué aprobada, y al día siguiente 11 continuó la sesión, en la cual el Secretario del Congreso, Sr. Moreno Rodríguez, dió lectura á la renuncia presentada por don Amadeo, entregando á las Cortes el poder que recibiera; y cuyo importante documento copiamos á continuación, como también el mensaje de aceptación que las dos Cámaras reunidas en una sola Asamblea, acordaron remitirle.

Hé aquí los dos importantes documentos de referencia:

«Grande fué la honra que merecí á la nación española eligiéndome para ocupar su trono; honra tanto más por mí apreciada, cuanto que se me ofrecía rodeada de las dificultades y peligros que lleva consigo la empresa de gobernar á un país tan hondamente perturbado.

«Alentado, sin embargo, por la resolución propia de mi raza, que antes busca que esquivar el peligro, decidido á inspirarme únicamente en el bien del país y á colocarme por cima de todos los partidos, resuelto á cumplir religiosamente el juramento por mí prestado ante las Cortes Constituyentes, y pronto á hacer todo linaje de sacrificios para dar á este valeroso pueblo la paz que necesita, la libertad que merece y la grandeza á que su gloriosa historia y la virtud y constancia de sus hijos le dan derecho, creí que la corta experiencia de mi vida en el arte de mandar sería suplida por la lealtad de mi carácter, y que hallaría poderosa ayuda para conjurar los peligros y vencer las dificultades que no se ocultaban á mi vista, en las simpatías de todos los españoles amantes de su patria, deseosos ya de poner término á las sangrientas y estériles luchas que hace tiempo desgarran sus entrañas.»

«Conozco que me engañó mi buen deseo. Dos años largos ha que ciño la corona de España y la España vive en constante lucha, viéndola cada día más lejana la era de paz y de ventura que tan ardientemente anhelé. Si fueran extranjeros los enemigos de su dicha, entonces al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, sería el primero en combatirlos; pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra, agravan y perpetúan los males de la nación, son españoles; todos invocan el dulce nombre de la patria, todos pelean y se agitan por su bien; y entre el fragor del combate, entre el confuso, atronador y contradictorio clamor de los partidos, entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, es imposible afirmar cuál es la verdadera, y más imposible todavía hallar el remedio para tamaños males.»

«Lo he buscado ávidamente dentro de la ley y no lo he hallado. Fuera de la ley no ha de buscarlo quien ha prometido observarla.»

«Nadie achacará á flaqueza de ánimo mi resolución. No habría peligro que me moviera á

desceñirme la corona, si creyera que la llevaba en mis sienes para bien de los españoles; ni causó mella en mi ánimo el que corrió la vida de mi augusta esposa, que en este solemne momento manifiesta como yo el vivo deseo de que en su día se indulte á los autores de aquel atentado. Pero tengo hoy la firmísima convicción de que serán estériles mis esfuerzos é irrealizables mis propósitos.»

«Estas son, señores diputados las razones que me mueven á devolver á la nación y en su nombre á vosotros, la corona que me ofreció el voto nacional, haciendo esta renuncia por mí, mis hijos y sucesores.»

«Estad seguros de que al desprenderme de la corona, no me desprendo del amor á esta España tan noble como desgraciada, y de que no llevo otro pesar que el de no haberme sido posible procurarla todo el bien que mi leal corazón para ella apetecía.—Amadeo.—Palacio de Madrid, 11 de Febrero de 1873.»

«La Asamblea Nacional, á S. M. el Rey Don Amadeo I.

«Señor: Las Cortes Soberanas de la nación española han oído con religioso respeto el elocuente mensaje de V. M., en cuyas caballerizas palabras de rectitud, de honradez, de lealtad, han visto un nuevo testimonio de las altas prendas de inteligencia y de carácter que enaltecen á V. M., y del amor acendrado á esta su segunda patria, la cual, generosa y valiente, enamorada de su dignidad hasta la superstición, y de su independencia, hasta el heroísmo, no puede olvidar, no, que V. M. ha sido Jefe del Estado, personificación de su soberanía, autoridad primera dentro de sus leyes, y no puede desconocer que honrando y enalteciendo á V. M., se honra y se enaltece á sí misma.

«Señor: Las Cortes han sido fieles al mandato que traían de sus electores, y guardadora de la legalidad que hallaron establecida por la voluntad de la Nación en Asamblea Constituyente. En todos sus actos, en todas sus decisiones las Cortes se contuvieron dentro del límite de sus prerrogativas, y respetaron la voluntad de V. M. y los derechos que por nuestro pacto constitucional á V. M. competían. Proclamando esto muy alto y muy claro, recaiga sobre su nombre la responsabilidad de un conflicto, que aceptamos con dolor, pero que resolveremos con energía, las Cortes declaran unánimemente que V. M. ha sido fiel, fidelísimo guardador de los respetos debidos á la Cámara; fiel, fidelísimo guardador de los juramentos prestados en el instante en que aceptó V. M. de las manos del pueblo la corona de España, mérito glorioso, gloriosísimo en esta época de ambiciones y de dictaduras, en que los golpes de Estado y las prerrogativas de la autoridad absoluta atraen á los más humildes, no ceder á sustentaciones desde las inaccesibles alturas del trono á que solo llegan y en que solo quedan algunos pocos privilegiados de la tierra.

«Bien puede V. M. decir en el silencio de su retiro, en el seno de su hermosa patria, que si algún humano fuera capaz de atajar el curso incontrastable de nuestros acontecimientos, Vuestra Majestad, con su educación constitucional, con su respeto al derecho constituido, los hubiera completa y absolutamente atajado. Las Cortes, penetradas de tal verdad, hubieran hecho, á estar en sus manos, los mayores sacrificios para conseguir que V. M. desistiera de su resolución y retirase su renuncia.

«Pero el conocimiento que tienen del inquebrantable carácter de V. M., la justicia que hacen á la madurez de sus ideas y á la perseverancia de sus propósitos, impiden á las Cortes, rogar á V. M., que vuelva sobre su acuerdo, y las deciden á notificarle que han asumido en sí el poder supremo y la soberanía de la nación, para prevenir en circunstancias tan críticas y con la rapidez que aconseja lo grave del peligro y lo supremo de la situación, á salvar la democracia que es la base de nuestra política; la libertad, que es el alma de nuestro derecho; la nación que es nuestra patria; y cariñosa madre por la cual estamos todos decididos á sacrificar sin esfuerzo, no sólo nuestras individuales ambiciones, sino también nuestro nombre y nuestra existencia.

«En circunstancias más difíciles se encontraron nuestros padres á principios del siglo y supieron vencerlas inspirándose en estas ideas y en estos sentimientos. Abandonada España de sus reyes, invadida por extrañas huestes, amenazada de aquel genio ilustre que parecía tener en sí el secreto de la destrucción y de la guerra, confinadas las Cortes en una isla sitiada, donde parecía que se acababa el suelo nacional, no solamente salvaron la patria y escribieron la epopeya de la independencia, sino que crearon sobre las

ruinas dispersas de las sociedades antiguas la nueva sociedad.

«Estas Cortes saben que la nación española no ha degenerado y esperan no degenerar tampoco ellas mismas en las austeras virtudes patrias que distinguieron á los fundadores de la libertad de España. Cuando los peligros estén conjurados, cuando los obstáculos estén vencidos, cuando salgamos de las dificultades que trae consigo toda época de transición y de crisis, el pueblo español que mientras permanezca Vuestra Majestad en su noble suelo ha de darles todas las muestras de respeto, de lealtad, de consideración, porque V. M., se lo merece, porque se lo merece su virtuosísima esposa, porque se lo merecen sus inocentes hijos, no podrá ofrecer á V. M. una corona en lo porvenir, pero le ofrecerá otra dignidad, la dignidad de ciudadano en el seno de un pueblo independiente y libre.—Palacio de las Cortes, 11 de Febrero de 1873.»

Después de remitir el mensaje á S. M. el rey D. Amadeo I por una Comisión del seno de la Asamblea, se dió lectura de la proposición siguiente:

«Pedimos al Congreso se sirva aprobar la proposición siguiente:

«La Asamblea nacional reasume todos los poderes, y declara como forma de gobierno de la nación la República, dejando á las Cortes Constituyentes la organización de esta forma de gobierno.

«Se elegirá por nombramiento directo de las Cortes un poder ejecutivo que será amovible y responsable ante las Cortes mismas.

«Pi y Margall.—Nicolás Salmerón.—Francisco Salmerón.—Lagunero.—Figueras.—Molins.—Fernández de las Cuevas.»

La cual después de ser apoyada por algunos de los que la suscribían, fué aprobada por la Cámara, proclamándose en su virtud la República en todos los dominios de la península, el día 11 DE FEBRERO DE 1873.

EL PASADO Y EL MAÑANA

La más heroica de las epopeyas que con indelebles caracteres existe grabada en las páginas de nuestra historia contemporánea, y que las venideras generaciones no podrán menos de contemplar con admiración y asombro, es sin duda alguna la que tuvo lugar el día 11 DE FEBRERO DE 1873.

En las postrimerías del segundo tercio del siglo XIX, y cuando ya iban trascurridos muy cerca de ochenta años en que la humanidad, trascurrida en el Tabor de la revolución francesa, había arrojado todo un mundo de errores y de injusticias al panteón de lo pasado, amaneció para la nación hispana el día radiante de esplendorosa luz de libertad y de democracia. ¡ERA EL 11 DE FEBRERO DE 1873! Día de grandes recuerdos para todo hombre pensador y amante de su libertad y de su patria; augusto día en que *La República*, esa santa institución, emblema de legalidad y de justicia, vida de los pueblos libres, que consagra á cada uno los ilegales derechos que el Criador señalara con el dedo de su omnipotente diestra en la frente del hombre, espejo de la grandeza y de la sabiduría de la Divinidad; LA REPÚBLICA, decimos, fué proclamada como forma de gobierno en nuestra inmortal Nación.

¡Llor á la República! ¡Gloria inmarcesible á los patricios que de buena voluntad la trajeron!.....

Diez y ocho años cabales cumplen hoy en que el pueblo español por tantos siglos fustigado por el látigo de la férrea mano que lo empuñaba quiso en tan memorable fecha aspirar el ambiente suave de los pueblos libres, el aire de una nueva vida que no estuviera impregnada por los deletéreos miasmas con que hasta entonces habían envenenado el cadáver fétido de instituciones tradicionales y tiránicas; y en uso de su soberanía se dió la forma de gobierno democrática bajo la enseña republicana. Y si esta república tuvo tanto de generosa como de infausta, y así fué de corta duración entre nosotros, nos ha dejado grandes cosas que admirar y no pocas enseñanzas que aprender, siendo una de sus principales enseñanzas, la de que cuando entre los hombres impera la fuerza moral, como aconteció en aquellos supremos instantes la república es un hecho, y cuando es la fuerza material la que se sobrepone, entonces son las monarquías las que estendien sus portentosos dominios en los pueblos.

Hombres de bastardas pasiones unos, de fanática ignorancia otros, y de un refinado maquiavelismo los más, fueron los que á la sombra de su autoridad y prevalidos de su encumbración social, mancharon con su hálito emponzoñador y trabajaron de consumo para derribar, como lo hicieron, aquella jo-

ven república, con tan buenos auspicios inaugurada en nuestra patria en la fecha anteriormente citada.

Pero los que de tal manera obraron desconocían sin duda, que así como el principio del ideal del mundo moderno es la justicia y cuyas ideas no pueden ser otras que las soluciones que emanan de la razón; de la misma manera el principio á que rinden su más ferviente culto las sociedades actuales, es la libertad, y sus instituciones no pueden ser otras que las democráticas bajo la forma republicana. Y este mundo nuevo que se dibuja en los horizontes del presente, es el que por precisión debe oponerse siguiendo las inflexibles leyes de la lógica, al principio contrario que inspira el mundo antiguo, y que representa lo caduco, lo tradicional, el principio autoritario, alrededor de cuyos ejes y sobre estos dos polos tan opuestos, tiene por necesidad que girar la vida de los pueblos de tal manera, que de su uniforme movimiento resulte en la lucha de las ideas y en el combate de los principios políticos esa verdadera entelequia social.

Esto es lo que no tuvieron en cuenta los enemigos de la república proclamada el 11 de Febrero, ni de lo que todavía no quieren convencerse los constantes perseguidores de las libertades conquistadas por el pueblo; cuando esa lucha titánica no tiene más objeto que destruir la falsa concepción que el mundo antiguo hizo al principio autoritario, y cuya acción debe tender á destruir y extirpar las injurias desprendidas lógicamente de esta falsa concepción. En una palabra, debemos trabajar para operar el desenvolvimiento de la revolución que inició el Cristo, seguida y predicada por numerosos mártires y apóstoles del progreso y de la paz, y cuyos últimos tiempos los realizará la democracia, mal que pese á sus enemigos, con un triple dogma de libertad, derecho y trabajo, santa trilogía social, tan respetable como la de la antigua Theodicea.

No hay, pues, para qué dudarle; el mundo antiguo es lo que las modernas conquistas del progreso moderno se propone destruir, y esta obra comenzada con tan felices auspicios por el reactivo de la filosofía, debemos completarla con la práctica en el orden político.

A conseguir tan beneficioso resultado encaminaron sus pasos en nuestra patria á principios de este siglo, las inmortales Cortes de Cádiz, al mismo objeto contribuyó en Septiembre de 1868, la revolución que lleva el nombre de dicha fecha, y á la obtención del mismo fin se encaminaron los esfuerzos é ilustres campeones de la democracia, al proclamar en la Asamblea, genuina expresión de la voluntad del pueblo, la forma republicana en todos los dominios de nuestra península.

¡LOOR Á LA REPÚBLICA! ¡Gloria inmarcesible para los adelantos que con inusitado denuedo trabajaron, para proclamada en el augusto reino de las leyes! ¡Y gloria también para los hombres de corazón y de amor inquebrantable hacia aquellos augustos principios, que saben sostener enhiesta la bandera en cuyos pliegues se hallan escritos los sagrados lemas que á la misma dignifican!

Para estos y aquellos ha de guardar la historia una página de oro; y una página de oprobio y borrón para los que abortos tan solo en el deseo de aspirar el incienso de las adulaciones, y atentamente á fines bastardos, egoístas y empuñados, tan mal han correspondido á lo que el pueblo tenía derecho á esperar de ellos desandando lo andado, y guiando el rumbo de la patria por el camino que le ha de conducir, á no tardar, á la ruina y desolación de la misma.

Mas no por eso debemos desmayar en medio de tantas desdichas y miserias que nos rodean, no declinemos el triunfo en favor de nuestros adversarios, porque el pueblo que como el nuestro supo renacer y comenzar á ser libre en la memorable fecha del 11 de Febrero de 1873, hay que otorgarle, tratándole con justicia, cualidades valiosas que le enaltecen, y de que un día llegará en que la idea de justicia movida por la ley de las compensaciones, se alzará virgen y hermosa como el ángel tutelar de las Españas, sobre el carcomido pedestal de lo pasado, y cuya bandera no podrá menos de hacerse trizas al oír el canto de la democracia.

Fija la vista en lo que acaamos de exponer, nada importa que los partidarios de las monarquías se orgullezcan con el triunfo material que á ellos corresponde, ni tampoco con que algunos mal aconsejados ambiciosos vendan sus conciencias por un plato de lentejas, para defender instituciones caducas, ideas que agorizan; fantasmas que se disipan al soplo de las auras generadoras de la nueva vida de los pueblos. El triunfo moral es nuestro, y lo será también el material por dificultades que se opongan para obstruir el camino de la verdad, porque mal pueden oponerse las tinieblas al vivificador rayo de luz que empieza á inundar la tierra.

En ese día glorioso, los hombres de buena fe que defienden las rancias teorías, se unirán á nosotros comprendiendo que la democracia es la única tabla de salvación para nuestra desventurada España.

Los triunfos y victorias de última hora de que hacen ostentación y con los que se engalanan nuestros adversarios, tampoco nos arredran, ni nos intimidan. Tenemos inquebrantable fe en nuestros principios y nada nos importa el pasado pues que confiamos en el mañana, que es nuestro.

En tanto ese día llega, no nos cansaremos de trabajar fija la vista en la santa bandera de la República, repitiendo sin cesar: ¡Pueblo! El porvenir es tuyo.—Savir.

PAZ ENTRE LOS REPUBLICANOS

La gran familia republicana atraviesa una de esas épocas amargas que tanto en la vida de las colectividades como en la vida individual surgen de improviso, obediendo á causas ignoradas y por lo mismo imposibles de evitar.

No es seguramente un signo de muerte nuestra efervescencia y agitación profunda dentro del campo republicano, antes bien, cualquier observador traducirá nuestras luchas internas por exceso de entusiasmo, sobra de numéricas huestes, superabundancia de elementos y fuente inagotable de nuevas y crecientes energías que van ejerciendo todas ellas, y cada una de por sí, misteriosa y decisiva influencia que por ley de atracción y repulsión, van apiñándose en diversas fracciones que cada una ha de resultar después de nuestra laboriosa clasificación importantísimos núcleos de hombres que harán entre todos, inevitable la proclamación de la República.

No hay que tener un retroceso, somos ya muchos los que profesamos grande amor á la república y no necesitamos sino clasificarnos, entendernos y desplegar nuestras banderas.

Instituciones seculares que han sido señoras del mundo han caído en el fondo del olvido y han desaparecido partidos políticos que parecían desafiar las eventualidades de la suerte y aspiraban á la inmortalidad sin que los esfuerzos sobrehumanos de sus prohombres hayan podido retener la popularidad, el crédito y la admiración que antes gozaron.

La historia de la humanidad está llena de ejemplos elocuentísimos que nos enseñan cómo nacen, crecen, se desarrollan, llegan al apogeo de su gloria y luego desaparecen sin dejar más huellas que una página en la historia, las antiguas usanzas, leyes, costumbres, sistemas, filosofías y formas de gobierno para el régimen de los pueblos.

El tiempo que lleva en sus entrañas misteriosísimas el hábito vivificante del progreso, es el constante demoledor, la gota de agua que horada, y destruye al fin todo aquello que sirve de valladar y rémora á la marcha tranquila y magestuosa de las ideas modernas, preñadas de adelantos y portadoras de nuevas costumbres, progresivos y sublimes principios que vienen á marcar el derrotero porque han de marchar las sociedades.

La República es hoy el ideal que más adeptos cuenta en todos aquellos países que la civilización corre parejas con la ilustración y las modernas conquistas del progreso. Naciones como Suiza y Francia prosperan y florecen al benéfico influjo de sus instituciones republicanas, y la joven América ostenta con orgullo las insignias democráticas en las diversas repúblicas hermanas diseminadas por aquellos territorios de allende los mares.

Las monarquías están en la más ruinosa decadencia que imaginarse puede, «si bien reinan actualmente en la mayor parte de las naciones de la vieja Europa no reinan seguramente en las almas de los súbditos, su reinado es ficticio, artificial que únicamente se sostienen con el poder por su resto de respeto á la tradición y por ese algo de rutinismo y convencionalismo que aún queda en las costumbres, nudo gordiano que corta el pueblo en un día de exaltación cuando recuerda lo que significa su soberanía y su indomable poderío.

Bien lo describe Zapata en El reloj de Lucerna cuando dice Réding veterano suizo:

«¿Qué es un déspota inhumano
ante su pueblo? Gusano
que de seda se vistió:
¡levanta el pueblo la mano,
lo desnuda y se acabó!»

Existimos en una época de transición suave y pacífica en apariencia pero brusca y honda en realidad; las ideas que son un poder tan grande como invisible no matan hombres pero matan instituciones, no aparece una idea salvadora en el mundo con el ruido ensordecedor de las balas de cañón pero es un arma terrible que destruye y aniquila cuanto á su paso se opone con más eficacia y con más soberano y fiero empuje que todos los marmotretos y trenes de guerra.

No en vano han pasado por el mundo Gutemberg, Franklin, Giordano Bruno, Voltaire, Erasmo, Schiller, Darwin, Gocéte, Volta, Galileo, Melancthon, Cavour, Cromwell, Victor Hugo, Cardek y todos los hombres que han aportado su grano de arena grandioso edificio del progreso; la labor moral é intelectual de esos hombres ilustres es inapreciable y no bien conocida por la generalidad de las gentes. Jesús, vivió hace diez y nueve siglos y todavía la humanidad no ha interpretado bien el alcance y significado de las admirables parábolas del Evan-

gelio, y no cumple ni aproximadamente los sanos y purísimos principios del inmortal é imperecedero *sermón de la montaña*. Moisés que vivió muchos siglos antes que Jesús dejó escritas las célebres tablas de la ley, donde, con un laconismo elocuente, á practicar tan hermosas ideas seríamos perfectos y dichados de pureza. *No matarás*, dicen las tablas de Moisés, y viven entre nosotros los descendientes de Caín, y los gobiernos de casi todas las naciones redimen, vergüenza causa decirlo! verdugos que son asesinos asalariados. *No desearás la mujer de tu prójimo*, dice también la ley mosaica, y la prostitución asquerosa invade todas las clases sociales constituyendo un padrón de ignominia del siglo en que vivimos, siendo los primeros culpables y propagadores nuestros gobernantes que han reglamentado y han consentido que ese cancer corrosivo, ese vicio brutal repugnante y nauseabundo tenga sus lupanares abiertos á guisa de establecimientos autorizados para el comercio de indignidades y deshonras públicas.

Homero, Valney, Séneca, el divino Platón y cien mil pensadores é insignes filósofos nos han dejado códigos de moral, regímenes para el buen gobierno de los pueblos, doctrinas tan saturadas de pureza y verdad, que á pesar del tiempo transcurrido nos encantan y nos llenan de profunda admiración.

Esos clarísimos ejemplos que recogemos de la historia humana nos vienen á demostrar tangiblemente que la verdad desposada con la razón se trasmite de institución, á institución, de pueblo, á pueblo y de cerebro á cerebro, y en este oleaje viviente en este vaivén humano lo que queda anonadado y completamente desvanecido es el error, lo vano, lo superfluo, lo artificial, lo transitorio, lo inútil y lo que á todos perjudica y ofende.

Por eso la República, es un sol sin ocaso, es la institución más completa de todas las hasta hoy conocidas, es el compendio y el resumen de todas las verdades axiomáticas é irrefragables. Los hermosos lemas de Igualdad, Libertad, Fraternidad, Justicia, Paz, Orden, Ciencia y Trabajo, lo dicen todo y lo abarcan todo; los más encarnizados adversarios de la República reconocen la bondad y pureza de nuestros ideales y si los combaten es porque los creen que haya nada capaz de transformar en un día dado, esta sociedad enferma, en denique, desmoralizada y prostituida, y sonríen desdeñosamente cuando se les habla de reformas y progresos.

Hubiérase ya establecido definitivamente la República en España si todos las que nos honramos con el dictado de republicanos cumpliáramos con los deberes que la misma República nos impone, despojándonos de esa larga idolatría y falso culto que rendimos á determinadas personalidades, amando solo la virtualidad de nuestros principios fijos é incommovibles que en la conciencia brillan, como esos astros luminosísimos que en noches serenas y apacibles parecen lámparas colgadas en el infinito, cuya luz difusa al recogerla en nuestra retina nos llena de misteriosas emociones y poéticas y espirituales nostalgias.

Revolucionarios y evolucionistas; estos son, los nombres con los cuales nos diferenciamos y nos distinguimos los republicanos españoles, dos frases que significan dos ideas gemelas porque ambas se auxilian y se complementan.

No hay evolución sin revolución, ni revolución sin evolución, tanto en el orden físico, como en el moral, natural y político. la evolución es constantemente revolucionaria y la revolución es constantemente evolucionista, son dos fuerzas permanentes, inseparables é indisolubles, digan cuanto quieran los retóricos de ocasión y los perturbadores de oficio.

Los que sentimos idénticas aspiraciones y profesamos iguales ó parecidos principios estamos librando rudísima batalla perjudicándonos y haciendo retardar el triunfo de nuestra causa común, y en la tardanza está el peligro.

A los intransigentes contumaces que se pasan la vida vomitando dardos y venablos contra sus mismos amigos y correligionarios y á quienes les cuadra aquel cantar de «La Marsellesa»:

«Y muera el que no piense
igual que pienso yo.»

les podríamos decir lo que escribió un inspirado poeta contemporáneo:

«¡Venganzas quiere Luzbel
perdonar injurias Dios!»

«No hay mal que por bien no venga, ni mal que cien años dure» y los enconos y animosidades entre republicanos van tocando á su término y extinción.

Los caudillos que dirigen los diferentes partidos republicanos han comenzado á evocar las palabras de concordia y unión y esas mágicas frases, hallándoles en todos los corazones de los que sin reservas mentales de ningún género, aman la República y podrían ser muy bien esos discursos de Salmerón en Barcelona y Valencia, esos brindis de Zorrilla en Londres y esas coaliciones pactadas entre federales y posibilistas en Madrid augurios lisonjeros de una próxima y verdadera coalición que al solo pacto solemne y trascendental veríamos asustados, confundidos y desconcertados á los monárquicos de todos esos grupitos que zascandillan en las camarillas palaciegas y son los que absorben toda la savia de nuestra esquilmada patria española.

Contribuyamos todos con nuestro esfuerzo ya sea individual ó colectivo á que nuestros trabajos se encañen en los mismos moldes y sigan el mismo objetivo. Sepamos olvidar nuestras ofensas y seremos dignos de nosotros mismos estimándonos en lo que valemos y podemos; la patria lo exige, nuestros principios nos lo mandan, nuestra dignidad lo requiere; quien tenga un espíritu pusilánime y le causen aversión los alzamientos de la opinión y los movimientos de fuerza, quédese en la redacción de nuestros periódicos, ó vaya al parlamento á desmentir calumnias monárquicas, ó bien dedíquese á la enseñanza de nuestras redentoras ideas ya sea en las academias ya en Atenos y asambleas ó en el simpático circuito de la familia en el hogar doméstico.

En todas partes somos necesarios y debemos tener representación en todas partes; no se diga que carecemos de elementos y hombres dispuestos á luchar en todos los terrenos con el libro y con la espada, con la fuerza de la razón y con la razón de la fuerza cuando á ello las cosas se prestan y nos creemos provocados.

¡Arriba todos! apagad la tea de la discordia y alcemos con briosa mano nuestra bandera republicana; aquel que más servicios preste, el que llegue por nuestra causa á la abnegación y al sacrificio aquel será el principal acreedor á nuestros aplausos y respetuosa admiración.

Respecto á jefaturas, pensamos como Gráfico que dice:

«Nos espera el contrario en su castillo
y hay que asaltar la formidable valla,
¿Me preguntáis que quién es mi caudillo?
¡El primero que asalte la muralla!

Alfredo Gómez Pérez.

SE EQUIVOCAN

El partido republicano revolucionario, lo mismo que su ilustre Jefe D. Manuel Ruiz Zorrilla, ha sido y es á quien más ataques se le dirijen lo mismo por monárquicos que por muchos republicanos, por considerar que sus teorías revolucionarias, han muerto.

Multitud de veces se nos ha dicho que la República, no se implantaría en nuestro suelo por el procedimiento revolucionario; también nos han objetado diciendo, que por medios violentos, con la fuerza, no se consigue absolutamente nada, por aquello de que lo que la fuerza trae, ésta misma es encargada de llevárselo ó destruirlo.

Estos argumentos se destruyen por sí solos, sin necesidad de esforzarse en combatirlos; no hay más que mirar la historia madre de grandes verdades, y se convence uno de que, casi nunca, en muy pocos casos, han sido los términos regulares, ó mejor dicho, los procedimientos evolutivos, los que han motivado las grandes transformaciones políticas, sociales y religiosas, que desde tiempo inmemorial se han sucedido en España lo mismo que en toda Europa, sino los revolucionarios. Convencidos de esto nuestros enemigos, tratan ahora de dirigir sus ataques en otro sentido diciendo que la época de las revoluciones han muerto; que no es la fuerza la encargada de regenerar nuestro suelo, pues cuantos intentos se hagan serán infructuosos, no se conseguirá más que aumentar el número de las víctimas, que amantes de las ideas que profesan, pierden su vida en las calles, ó tienen que emigrar á extraño suelo á comer el negro pan de la emigración; y en una palabra, que no queda más camino para llegar al fin de nuestras aspiraciones, que el de la progresión sucesiva de las ideas, pues la revolución no tiene razón de ser; ha muerto.

Efectivamente, la revolución ha desaparecido; pero ha sido á la manera que se extingue un voraz incendio, que apareciendo apagado, conserva entre las cenizas, fuego bastante para abrasar, á la más pequeña corriente de aire que le avive, todo en cuanto á su alrededor se encuentre; á la manera del volcán, que arrojando en una de sus erupciones todo el fuego que en sus entrañas albergaba, y pareciendo después como muerto en tierra, cuando menos se piensa entre sus lavas cuanto se halla á su alcance.

Nuestros enemigos no creen en la revolución hasta que la ven; cuando han presenciado una de esas sublimes epopeyas, en las que un pueblo rompiendo las cadenas que le aprisionaban y arrojándolas sobre la faz de sus opresores, ha proclamado los sacrosantos principios de *Igualdad, Libertad y Fraternidad*, no han sabido qué decir, asombrados ante la realidad.

Se equivocan los que desprecian la revolución, y la consideran muerta; esta vive y vivirá hasta que por medio de ella logremos llegar á la meta de nuestros deseos; las ideas no mueren nunca, podrán por circunstancias especiales aparecer, más ó menos olvidadas, pero nunca muertas.

¿Quién se atreve, á decir, que la época de las revoluciones ha pasado, cuando tenemos recientes ejemplos que demuestran lo contrario?

La revolución francesa, el Brasil, que tirando por tierra el trono que durante muchos años les regia, respira hoy el rico ambiente de la República, la reciente sublevación del pueblo portugués y otros muchos son datos elocuentes, que continúan nuestras teorías.

Si las revoluciones no salen triunfantes en muchos casos, no es porque sean malas ó no tengan razón de ser, sino que los hombres encargados de prepararlas y llevarlas á efecto, las temen en su inmensa mayoría; el fracaso de todas las intenciones que de un tiempo acá se han hecho, ¿á qué se debe? se debe á aquellos jefes que comprometiéndose y comprometiéndolo á los demás, para acometer una empresa de tal importancia, en el momento de realizarla, en el momento de lanzar el grito de ¡viva la soberanía nacional! al que se habían de unir todos los verdaderos hijos de la patria, se han escondido, han temblado de pavor, y con un cinismo escandaloso han presenciado imposibles, como se batían por las calles aquellos valientes ciudadanos que ellos mismos habían comprometido y que abandonaban en los momentos precisos y de compromisos faltando á sus palabras de mercader. Esos y nadie más que ellos, son causa de que la República no esté establecida, y de que multitud de buenos patriotas, hayan sacrificado su vida en aras de la libertad.

La revolución existe, lo que hace falta es que los que la queremos, los que vemos en ella nuestra áncora de salvación, trabajemos por ella; le preparemos el camino, porque tarde ó temprano ha de venir y cuanto menos sean los escollos haya de vencer. Mayor será su marcha viniendo por lo tanto antes.

Así, convencidos todos los republicanos revolucionarios de la pureza de nuestras ideas, nos posesionamos de ellas con entusiasmo, no dejándolas escapar; si una vez hecho esto nos unimos en apretado haz, dirigimos nuestras miras hacia un mismo punto y trabajamos cada cual á medida de nuestras fuerzas, pronto, quizá antes que pensamos se realizaría nuestro ideal y no será como muchos creen por sus pasos contados, sino por la fuerza de las circunstancias que envolverá entre sus olas á los mismos que hoy se mojan de ella, creyéndola caduca y á los que nosotros les decimos que se equivocan.

EL SIGLO XIX.

Del album de un amigo.

Sin poder preveer cómo concluirá nuestro siglo por lo que se refiere á nuestro viejo continente, bien puede asegurarse que ha cumplido como bueno.

Al contemplarle en sus postrimerías, séanos permitido enorgullecernos de haber nacido en su reinado y si fuera vanidad manifiesta y orgullo excesivo el suponer que en nuestros días el progreso ha llegado á sus límites y que las edades

venideras no han de ser mucho mejor de lo que nosotros hemos visto, no lo será el mostrarnos satisfechos al contemplar el brillante camino recorrido por la actividad humana durante la última centuria.

¡Gloria al siglo de los adelantos! Que si el siglo quince fué el siglo de las artes, y el dieciséis el de las grandes controversias religiosas, y el diecisiete el de los filósofos, y el dieciocho el de la enciclopedia y el de la revolución más grande que han presenciado las edades, el siglo diecinueve es el siglo del progreso.

Es el siglo que ha encadenado el fluido eléctrico poniéndole á merced del hombre que lo emplea hasta en los usos domésticos, es el siglo ensalzado de continuo por el pito de la locomotora, es el siglo en el que se llevan á cabo obras como las de Suez, Panamá y Mont-Cenis, es el siglo de la retorta voltaica, del émbolo de la caldera de vapor de la válvula del mongolfier que hunde el espacio; es el siglo que sujeta el rayo y transmite el pensamiento y embalsama la palabra del hombre: es el siglo de los grandes descubrimientos y de las concepciones asombrosas, es el siglo de la industria, de la ciencia, del trabajo. Es el siglo del progreso. ¡Looor á nuestro siglo!

Y en otro orden de ideas, si el hombre no ha llegado á la perfección de los días de la evolución progresiva tiene aquella, en medio de la gran polvareda levantada por la confusión de pensamientos que exaltan las conciencias no creo que sea peor como algunos aseguran que en aquellos tiempos, no sé si más prudentes ó más hipócritas, en los que no se conocía el significado de las palabras racionalismo, libertad de pensar etc. Que después de todo el hombre siempre ha estado formado de la misma pasta y no será pecar de pesimista, el juzgar un gran procedimiento para conocer la historia de la humanidad, el hacer el proceso de las pasiones del hombre en todas las sociedades.

Angel Quintana.

HIMNO Á LA REPÚBLICA

Hemos recibido un ejemplar de la preciosa composición del bizarro capitán Casero y del señor García Ladevese, para canto y piano y banda, al precio de una peseta los primeros y dos cincuenta los segundos.

Todos los pedidos deben dirigirse á esta administración ó á la señora doña Gertrudis Casero, calle de Lavapiés, 28 y 30, tercero.

No dudamos que nuestros amigos se apresurarán á adquirir este himno, que, aparte de sus méritos artísticos y literarios, tiene el recuerdo á la patria, y sus productos han de contribuir á hacer más llevadera la existencia en extranjero suelo del heroico capitán de Garellano en Septiembre de 1886.

No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su importe y de diez céntimos para la remisión.

A las personas que pidan más de diez ejemplares, se las hará un abono de 25 por 100.

En este día de imperecedero recuerdo para todos los republicanos, se han suprimido los banquetes que en esta localidad se celebraban en igual fecha, por estimar procedente destinar para los que por la causa sufren, las cantidades que en aquellos actos de esparcimiento y alegría se invertían.

Imprenta de la Viuda é hijos de Castanera.